Notas de Elena G. de White

Lección 1
2 de Julio de 2011

La adoración en Génesis: Dos clases de adoradores

Sábado 25 de junio

Los sacrificios que Adán ofrecía demostraban no solamente su arrepentimiento y tristeza por la transgresión cometida, sino su esperanza de salvación mediante Cristo. Su actitud defraudaba a Satanás quien había supuesto que él se uniría permanentemente en su rebelión y murmuración contra Dios y su autoridad. Caín y Abel representaban los dos grandes grupos de adoradores: Abel, como sacerdote, ofrecía su sacrificio con fe y solemnidad. Caín estaba dispuesto a ofrecer los frutos de la tierra pero rehusaba ofrecer sacrificios que utilizaran sangre de animales, porque eso hubiera significado arrepentimiento y necesidad de un Salvador. Su orgulloso corazón consideraba tal actitud como dependencia y humillación.

Con su fe puesta en un futuro Redentor, Abel ofreció un sacrificio más aceptable que Caín. Al ofrecer la sangre de animales, manifestaba que era un pecador arrepentido y penitente, que aceptaba la eficacia de la sangre que se ofrecería en la futura Gran Ofrenda. Satanás es el padre de la incredulidad, la murmuración y la rebelión; llenó a Caín de dudas y enojo contra Dios y contra su inocente hermano, porque su sacrificio había sido rechazado y el de su hermano aceptado, y en su locura lo mató (**Folleto: *Redemption: or the Temptation of Christ in the Wilderness*, p. 20**).

Domingo 26 de junio:
La adoración en el Edén

Las tareas cotidianas en el Edén le producían a Adán y Eva salud y alegría. La feliz pareja esperaba con gozo las visitas de su Creador, quien en el fresco del día caminaba y conversaba con ellos, enseñándoles nuevas lecciones cada día (*Manuscript Releases*, tomo 17, p. 351).

Se me mostró que la ley de Dios permanecerá inalterable por siempre y regirá en la nueva tierra por toda la eternidad. Cuando en la creación se echaron los cimientos de la tierra, los hijos de Dios contemplaron admirados la obra del Creador, y la hueste celestial prorrumpió en exclamaciones de júbilo. Entonces se echaron también los cimientos del sábado. Después de los seis días de la creación, Dios reposó el séptimo, de toda la obra que había hecho, y lo bendijo y santificó, porque en dicho día había reposado de toda su obra. El sábado fue instituido en el Edén antes de la caída, y lo observaron Adán y Eva y toda la hueste celestial. Dios reposó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó. Vi que el sábado nunca será abolido, sino que los santos redimidos y toda la hueste angélica lo observarán eternamente en honor del gran Creador (***Primeros escritos*, p. 218**).

Al bendecir el séptimo día en el Edén, Dios estableció un recordativo de su obra creadora. El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de agradecido reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad. De esa manera la institución del sábado era enteramente conmemorativa, y fue dada para toda la humanidad. No había nada en ella que fuese obscuro o que limitase su observancia a un solo pueblo (***La fe por la cual vivo*, p. 34**).

Lunes 27 de junio:
La adoración fuera del Edén

Porque la iniquidad abunda, el amor de muchos se resfriará. Hay muchos que han dejado atrás su fe adventista. Están viviendo para el mundo y mientras expresan el deseo de su corazón, "mi Señor se tarda en venir", están castigando a sus consiervos. Hacen esto por la misma razón por la cual Caín mató a Abel. Abel estaba decidido a adorar a Dios de acuerdo con las ins-

trucciones que Dios le había dado. Esto desagradó a Caín. Él pensó que sus propios planes eran mejores, y que el Señor se avendría a su procedimiento. Caín en su ofrenda no reconoció su dependencia de Cristo. Pensó que su padre Adán había sido tratado duramente al ser expulsado del Edén. La idea de conservar ese pecado siempre ante la mente, y ofrecer la sangre del cordero inmolado como una confesión de la dependencia de un poder ajeno a sí mismo, era una tortura para el soberbio espíritu de Caín. Siendo él mayor, creyó que Abel debía seguir su ejemplo. Cuando la ofrenda de Abel fue aceptada por Dios, y el fuego santo consumió el sacrificio, el enojo de Caín fue excesivamente grande. El Señor condescendió en explicarle este asunto; pero él no quiso reconciliarse con Dios, y aborreció a Abel porque Dios le manifestó su favor. Se enojó tanto que mató a su hermano (***Testimonios para los ministros,* pp. 74, 75**).

En la experiencia de Caín y Abel tenemos un símbolo de las dos clases de personas que existirán en el mundo hasta el fin del tiempo, y su ejemplo es digno de ser estudiado. Había marcadas diferencias en el carácter de estos dos hermanos y esas mismas diferencias se las encuentra en la familia humana de nuestros días. Caín representa a los que siguen los lineamientos y principios satánicos y quieren adorar a Dios a su manera. Como sus seguidores, quieren rendirle una obediencia parcial sin someterse enteramente a Dios. Con su orgulloso corazón, el ser humano piensa que puede ofrecerle algún favor a Dios; que nuestro Padre celestial no necesita ser siempre el dador, sino que puede recibir algún regalo. Pero Dios no acepta sobornos ni necesita cosa alguna de nuestra parte. Dice: "Mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados... Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti: porque mío es el mundo y su plenitud" (Salmo 50:10,12). El ser humano no tiene nada que ofrecerle a Dios que no haya recibido primeramente de él.

La clase de adoradores representada por Caín es, por lejos, la más grande, porque todas las falsas religiones han sido inventadas siguiendo el pensamiento de Caín de que el ser humano puede depender de sus propios méritos y de su justicia para alcanzar la salvación (***Signs of the Times,* 23 de diciembre, 1886**).

Cristo fue el fundamento de todo el sistema judío. La muerte de Abel fue una consecuencia de no haber aceptado Caín el plan de Dios en la escuela de la obediencia para ser salvado por la sangre de Jesucristo, simbolizada por las ofrendas de sacrificio que señalaban a Cristo. Caín rehusó la efusión

de sangre que simbolizaba la sangre de Cristo que había de ser derramada por el mundo. Toda esta ceremonia fue preparada por Dios, y Cristo vino a ser el fundamento de todo el sistema. Éste es el comienzo de la obra de la ley como el ayo que lleva a los instrumentos humanos pecaminosos a considerar a Cristo como el fundamento de todo el sistema judío.

Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima doliente, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el hombre, haciéndose pecado el Inocente por nosotros (***Mensajes selectos,* tomo 1, p. 274**).

Martes 28 de junio:
Dos líneas de adoradores

Los descendientes de Set se separaron de los impíos descendientes de Caín, porque éstos no tenían respeto por Dios ni por sus sagrados mandamientos, mientras que ellos deseaban conocer y seguir la voluntad divina. Sin embargo, al multiplicarse los seres humanos sobre la tierra, los descendientes de Set vieron que las hijas de los descendientes de Caín eran hermosas y las tomaron como esposas, apartándose de Dios y uniéndose a la raza idólatra de Caín (***Signs of the Times,* 20 de febrero, 1879**).

Los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios; los de Caín, hijos de los hombres. Cuando los hijos de Dios se mezclaron con los hijos de los hombres, los primeros se corrompieron y al casarse con los segundos perdieron, mediante la influencia de sus esposas, su carácter santo y peculiar, y se unieron con los hijos de Caín para practicar la idolatría. Muchos dejaron a un lado el temor de Dios y pisotearon sus mandamientos. Pero unos pocos obraron justamente; eran los que temían y honraban a su Creador. Noé y su familia se contaban entre los pocos justos que había (***La historia de la redención,* p. 64**).

En los días de Noé, el pecado se había extendido como una lepra mortal. Aunque el mundo era joven, la iniquidad se había profundizado y extendido tanto, que Dios se arrepintió de haber creado al ser humano. La bondad y la

pureza parecían extintas mientras que el odio a la ley de Dios, la envidia, la sedición y las luchas, la opresión y la violencia, corrompían la tierra. Los pensamientos y la imaginación humanas eran de continuo solamente el mal (***Signs of the Times,* 27 de febrero, 1879**).

Adán había contado a sus hijos y a los hijos de sus hijos la historia del Edén. De esa manera había transmitido el amor por los árboles, las flores y las enramadas, a sus descendientes. Pero éstos, en lugar de arrodillarse en esas solemnes glorietas para reconocer el amor de Dios y para adorarlo, profanaron esas glorietas con sus ídolos. Los tiernos recuerdos de Adán de haber adorado al Dios viviente y verdadero bajo esas enramadas, fueron trastocados por los idólatras hijos de Caín, quienes construían sus altares y sus imágenes a la sombra de cualquier árbol frondoso. Al quitar a Dios de sus corazones, se comportaban de acuerdo a sus sacrílegos sacrificios, y su culto y su carácter se degradaba más y más (***Signs of the Times,* 27 de febrero, 1879**).

Noé no se olvidó de Aquel que tan misericordiosamente lo había protegido. Inmediatamente erigió un altar y ofreció sacrificios de animales limpios, mostrando de esta manera su fe en el futuro sacrificio de Cristo, a la vez que manifestaba su gratitud por la maravillosa preservación de sus vidas. La ofrenda de Noé se elevó hacia Dios como un dulce perfume; aceptó su sacrificio y bendijo al patriarca y su familia. Esta es una lección que deben aprender todos los que viven sobre la tierra: cada manifestación de la misericordia y el amor de Dios hacia ellos debe ser respondida con acciones de gratitud y de humilde adoración (***Signs of the Times,* 6 de marzo, 1879**).

Miércoles 29 de junio:
La fe de Abraham

Tan pronto como Abraham tuvo una indicación de la voluntad divina para él, escuchó su voz y estuvo listo a obedecer. No se detuvo a considerar las ventajas o desventajas financieras al tomar esa decisión. Con fe y confianza en la dirección divina dejó su hogar y su parentela, "y salió sin saber a dónde iba".

En ese tiempo la idolatría estaba creciendo y entraba en conflicto con el culto al Dios verdadero. Abraham no había llegado a ser un idólatra, aunque su mismo padre vacilaba entre el culto falso y el verdadero, y mezclaba falsas

teorías y prácticas idólatras con su conocimiento de la verdad. Abraham, en cambio, no se avergonzaba de su fe ni mantenía en secreto su confianza en el Dios verdadero. Construía altares y los llamaba con el nombre del Señor (***The Youth's Instructor*, 4 de marzo, 1897**).

Abraham, el amigo de Dios, nos dio un ejemplo digno. La suya fue una vida de oración y humilde obediencia y era como una luz en el mundo. Dondequiera .plantara su tienda, bien cerca alzaba su altar, reuniendo a cada miembro de su familia para el sacrificio de la mañana y de la tarde...

Una luz similar debería brillar de los hogares cristianos. El amor debiera revelarse en la acción. Debería brotar en toda manifestación hogareña, mostrándose en considerada bondad, en gentil y desprendida cortesía. Hay hogares en los cuales se practican estos principios, hogares en los cuales se adora a Dios y reina el amor más puro. De estos hogares, mañana y tarde ascienden oraciones a Dios como dulce incienso, y sus mercedes y bendiciones descienden sobre los suplicantes como el rocío matutino (***En lugares celestiales*, p. 213**).

Isaac prefiguró al Hijo de Dios, que iba a ser ofrecido por los pecados del mundo. Dios quería inculcar en Abraham el evangelio de la salvación del hombre. Para ello y a fin de que la verdad fuese una realidad para él como también para probar su fe, le pidió que quitase la vida a su amado Isaac. Todo el pesar y la agonía que soportó Abraham por esta sombría y temible prueba, tenía por propósito grabar profundamente en él la comprensión del plan de redención en favor del hombre caído. Se le hizo entender mediante su propia experiencia cuán inmensa era la abnegación del Dios infinito al dar a su propio Hijo para que muriese a fin de rescatar al hombre de la ruina completa. Para Abraham, ninguna tortura mental podía igualarse con la que sufrió al obedecer la orden divina de sacrificar a su hijo. Dios entregó a su Hijo a una vida de humillación, pobreza, trabajo, odio, y a la muerte agonizante de la crucifixión. Pero, no había ningún ángel que comunicase el gozoso mensaje: "Basta; no necesitas morir, mi muy amado Hijo". Legiones de ángeles aguardaban tristemente, esperando que, como en el caso de Isaac, Dios impidiera en el último momento su muerte ignominiosa. Pero no se les permitió a los ángeles llevar un mensaje tal al amado Hijo de Dios. La humillación que sufrió en el tribunal y en el camino al Calvario, prosiguió. Fue escarnecido, ridiculizado, escupido. Soportó las burlas, los desafíos y el vilipendio de los que le odiaban, hasta que en la cruz doblegó su frente y murió.

¿Podría Dios habernos dado prueba mayor de su amor que al dar así a su Hijo para que pasase por estas escenas de sufrimiento? (***Joyas de los testimonios*, tomo 1, pp. 353, 354**).

Jueves 30 de junio:
Bet-el, la casa de Dios

Mediante Cristo la tierra está conectada con el cielo, porque él es la escalera mística que Jacob vio en visión en Betel. Cuando nos separamos de Dios, Cristo vino para reconciliarnos con el Padre. Con amor compasivo colocó su brazo humano alrededor de la raza caída, y con su brazo divino se aferró del trono del Infinito, conectando así al hombre finito con el Dios infinito. Mediante el plan de salvación estamos unidos con las agencias del cielo. Gracias a los méritos de un Redentor crucificado y resucitado podemos levantar la vista y contemplar la gloria de Dios que alumbra del cielo a la tierra. Deberíamos estar agradecidos a Dios por el plan de salvación. Hemos recibido muchas clases de bendiciones y por agradecimiento deberíamos darle a Dios nuestros corazones indivisos.

Es triste que estemos tan lejos de Cristo debido a nuestra indiferencia hacia los intereses eternos; tampoco vemos la gloria de Dios que brilla sobre cada peldaño de la escalera; no ascendemos confiados en Cristo realizando progresos en la vida divina. Si lo hiciéramos, reflejaríamos la imagen de Cristo, teniendo pureza de carácter y siendo luces en el mundo. Deberíamos contemplarlo constantemente, hasta quedar prendados de las gracias de su carácter; entonces no dejaríamos de hablar de él y de su amor. Entonces deberíamos poseer las bendiciones eternas que el mundo no puede darnos ni quitarnos, a la vez que perder nuestro gusto por el pecado (***Exaltad a Jesús*, p. 233**).

Mientras Jacob estaba postrado y angustiado, el Señor tuvo compasión de él y le ordenó salir de donde estaba y dirigirse hacia Betel. La mención de este nombre le recordó al patriarca no solamente la visión de los ángeles que descendían y ascendían y la voz de Dios dándole ánimo, sino también el voto que había hecho, que si Dios lo guardaba y bendecía, el Señor sería su Dios. En su reflexión se preguntaba si había sido tan fiel a su promesa como Dios había sido con la suya. Vio la necesidad de ser más decidido con su familia y limpiar el campamento de todo lo que pudiera incitar a la idolatría. Deseaba llegar a ese lugar sagrado libre de toda contaminación.

Por eso les habló, diciéndoles: "Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos y subamos a Betel; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado" (Génesis 35:2, 3) (***Signs of the Times*, 4 de diciembre, 1879**).

Jacob había cumplido su deber de limpiar su casa de la idolatría; entonces comenzó su viaje hacia Betel. En beneficio de su siervo, Dios infundió temor a los habitantes de la tierra, de modo que no trataron de vengar la matanza de Siquem. Los viajeros pasaron sin ser molestados y llegaron a Betel. Inmediatamente Jacob cumplió con la orden divina de erigir un altar, y allí renovó el voto que había hecho mientras viajaba de Canaán a Mesopotamia. Y aunque le tomó una buena parte de sus posesiones, de todas las cosas con que había sido bendecido, ofreció sacrificios y ofrendas a Dios sobre el altar. La generosidad y el sacrificio con que lo hizo es un reproche para aquellos profesos cristianos que se acercan con magras ofrendas a su Dios...

El Señor aceptó la ofrenda de Jacob, renovó su pacto con él y lo bendijo nuevamente. Entonces Jacob, como un recuerdo no perecedero de esta muestra adicional del favor divino, erigió un monumento de piedra y lo consagró de la manera en que se acostumbraba (***Signs of the Times*, 4 de diciembre, 1879**).

Viernes 1 de julio:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 27-33; 44-47; 58-61; 95-98; 144-149; 196-201.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática